

La Vida literaria



SUPLEMENTO DE LA REVISTA "ESPAÑA Y AMÉRICA"

AÑO I

CÁDIZ, JUNIO DE 1927

NÚM. 6

GLOSARIO MENSUAL ESCRITORES MODERNOS

En la pléyade de poetisas modernas hispano-americanas, Raquel Adler, la genial argentina, ocupa preferente lugar. Solo conocemos de ella dos libros: «Cán-



RAQUEL ADLER
Eximia poetisa argentina

tics de Raquel» y «Místicas», pero son, a nuestro juicio, suficientes para formar criterio sobre la personalidad literaria de su joven y brillante autora.

De ambos conocemos juicios muy favorables. Además, Raquel Adler ha sido merecidamente elogiada por otros trabajos suyos, igualmente notables. En la revista bonaerense «Nosotros», decía el conocido crítico Julio Noé, refiriéndose a otra obra de la autora, «Revelación»: «Vivo y apasionado temperamento, cálida imaginación e inquieto espíritu ha puesto Raquel Adler en este libro de poemas»; y «Caras y Caretas» la encomiaba así: «Raquel Adler tiene el valor como poetisa de decir sinceramente lo que siente respecto a punto tan delicado, para una mujer que escribe, como es el

amor. El amor como tema literario para las mujeres ofrece peligros de cierto orden, que no los arrostra fácilmente quien no tiene una fé absoluta en su acción purificadora de todas las acciones y de todos los pensamientos. La autora de este libro tiene esa fé, y por eso dice a sus hermanas las demás mujeres: «Tratemos de orientar nuestra vida al encuentro del bien amado y una vez que él haya llegado a las puertas de nuestra existencia, que de su vida y la nuestra surja el Gran Destino para bien de nosotros y bien de la Humanidad.»

«Místicas» fué juzgada, en términos análogos, por escritores tan reputados como Juana de Ibarbourou, Ramiro de Maeztu, Enrique González y Martínez y Ataliva Herrera, y por periódicos de la importancia de «La Prensa», «La Razón» y «El Diario», de Buenos Aires, entre otros muchos.

Sin embargo, acaso su mejor libro sea el titulado «Cánticos de Raquel», en el que hallamos composiciones de tan raro mérito como las tituladas «Majestad», «Dolor», «Coloquio» y «Alma mía».

He aquí la primera de ellas:

Majestad

Yo soy aquella reina que pasea solemne—más sin ninguna pompa su rara majestad—. Yo cortejo no tengo, ni séquitos me siguen—, y ninguna corona destaca mi beldad.

Soy la princesa errante que arrastra por la vida—una estela de ensueños, de orgullo y de ilusión—. Y del montón de gente quizás alguien comprenda—e incline ante mi sino su faz y su ambición—. ¿Quién a esta dulce reina, que no posee cetro—para mandar altiva, podría conducir— su fina aristocracia, su caudal de ternezas—, hacia un destino hermoso y un tesoro sin fin?

¿Quién ante esta princesa se acercará algún día,—y al rendirse de lleno con pa-

sional fervor,—ofrecerle podría aquel reino anhelado—y alcanzado por pocos, el reino del amor?

Porque esta es la victoria que yo sigo



ERNESTO MARIO BARREDA
Ilustre poeta argentino

esperando.—Estas son las conquistas que yo quiero anhelar.—¿Un reinado? Mi alma. ¿Un trono? Su defensa.—¿Y el poder? ¡Una sed infinita de amar!...

Y así son todas las poesías de Raquel: reveladoras de su alto númen. Sus estrofas son sencillas, delicadas, emocionantes.

Por eso ha triunfado con su arte emotivo.

Grata sorpresa me causó recibir el libro «Los Brazaletes», del gran poeta argentino Ernesto Mario Barreda, tan ventajosamente conocido y reputado en las letras hispano-americanas.

Conocí a Barreda en Madrid, el año 1908, durante su corta permanencia en España. Desde entonces, he seguido, pa-

so a paso, su labor literaria, a través de la prensa argentina, donde puede decirse colabora, con exclusividad.

Desde aquella ya remota fecha hasta ahora ha publicado «Talismanes» (poesías) 1908; «La Canción de un hombre», 1911; «Un camino en la selva», 1916; «Las rosas del mantón» (impresiones de viajes por España), 1917; «Desnudos y máscaras» (cuentos), 1918; «Lucha de alas», (comedieta lírica), 1920; «El himno de mi trabajo» (premio municipal de 3.000 pesos), 1921; «Una mujer» (novela), 1924; «Baba del diablo» (novelas y cuentos), 1924; «Los Brazaletes», 1926. Total: diez libros, sin contar dos de su primera época («Prismas líricos» y «Hacia el Oriente»), que el autor los considera como meros ensayos.

Como se vé su labor ha sido fecunda, pues además hay que agregar la infinidad de trabajos sueltos que ha publicado en los principales periódicos argentinos, especialmente en «La Nación» y «El Hogar», de cuyo diario y revista, respectivamente, es asiduo colaborador.

Actualmente Barreda tiene en prensa «Los días de la cabaña» (cuentos infantiles), otro volumen de novelas y cuentos y un libro de crítica literaria.

Este ilustre literato—que ha sido funcionario municipal y agricultor—ahora vive exclusivamente de las letras. ¡Qué pocos escritores contemporáneos pueden decir esto último! Pero Barreda es, sobre todo, un trabajador infatigable. Con todo lo que lleva publicado podría formar, acaso, doce volúmenes más.

A mi juicio, su labor de poeta es superior a la de prosista. Dígalo, sinó, este su último libro «Los Brazaletes», que es una selección poética de sus anteriores obras editadas de 1908 a 1925.

No he de analizar aquí, página por página, este admirable y sugestivo volumen. Ello alargaría considerablemente esta breve impresión y rebasaría el límite de que dispongo. Solo agregaré que Barreda tiene bien ganada su reputación de escritor. Principalmente de poeta. Por algo dijo de él aquel inolvidable y malogrado aeda uruguayo, Julio Herrera y Reissig: «Barreda es un dulce pájaro asiático, un pájaro miliunanochesco que se escapó a un mercado encantador de pájaros. Es Barreda un gran espíritu. Su talento me sedujo en el relámpago de una frase. Es fuerte y hondo. Las Musas siempre le provocarán. Y responderá al llamado, soberbiamente, en el ritmo de la caravana que triunfa sobre el arenal lunático de la indiferencia y de la estolidez».

* *

Guillermo Stock, el distinguido publicista bonaerense, ha sido marino; ahora es solamente escritor. Pero su espíritu inquieto, parece que busca, continuamente,

las visiones lejanas, las sensaciones extrañas del más allá...

Tal apreciación me la ha sugerido la lectura de sus obras, en las que he visto, sobre todo, al hombre inquieto y soñador, que va por la vida como en persecución de un ideal quimérico...

Cuatro libros conozco de Stock: «Fragmentos de una vida» (poesías), 1910; «Palabras que no son palabras» (prosa), 1911; «El 10 de Enero» (cuentos), 1916, y «Un ponderado jefe de la Armada y su doble personalidad», 1924.

De las cuatro obras—en las que he hallado páginas muy interesantes—he leído con especial atención «Palabras que no son palabras», que contiene por cierto, una gran cantidad de pensamientos, muchos curiosos, otros notables, no pocos bien razonados y algunos algo extraños.



GUILLERMO STOCK
Distinguido literato argentino

Véanse las muestras, sin comentarios. De curiosos:

«Se dá limosnas de miedo.»

«La verdadera caridad consiste en combatir todas las causas de la caridad, buscando un estado en que no se necesite ni para recibirla ni para emplearla.»

De notables:

«La verdad no produce relaciones ni dinero.»

«La vida me ha enseñado que es más saludable para el alma el silencio que el insulto como respuesta al insulto, porque más infelicidad se encuentra en hacer daño que en recibirlo.»

De razonados:

«La maldad combate a los buenos diciendo que son tontos: y los malos se disculpan diciendo que no quieren ser tontos.»

«Quien dice mi patria dice mi hogar. Pero si mi hogar no está en el país de nacimiento, porque en él me trataron mal, ¿cuál es mi patria?»

(Pero yo tengo mi hogar en el país de mi nacimiento).

De extraños:

«A veces tengo ganas de llorar, de gemir, de sollozar... Quisiera ser un perro para sentarme a aullar, mirando hacia el porvenir oscuro.»

«La esencia de lo loco que digo es lo cuerdo de lo que no digo.»

En conjunto los cuatro libros que he leído de Stock me parecen muy sinceros y productos de una imaginación sensible y observadora de la vida.

* *

En la literatura lusitana moderna se destaca, con positivos relieves, la figura de un joven crítico ya bien reputado José Osorio de Oliveira.

Osorio—hijo de la ilustre escritora Ana de Castro Osorio, la amenísima cuentista, ya conocida de los lectores de «La Vida Literaria»,—lleva publicados dos libros: «Oliveira Martins e Eça de Queiroz» (1922), del que se ha hecho la segunda edición en 1923; y «Literatura Brasileira», editado el próximo pasado año.

Obras, como esta última, tan útiles y provechosas para el conocimiento de un país, desde el punto de vista de sus hombres de letras, escasean bastante. No abundan los críticos y menos los que saben analizar las bellezas y señalar los defectos.

La crítica moderna—salvo honrosas excepciones—es parcial y acomodaticia. Está, casi siempre, influenciada por la amistad, por la envidia, por el odio, y a veces por otras pasiones más rastreras. Por eso, cuando llega a nuestras manos un libro *sano*, como «Literatura Brasileira» lo acogemos con simpatía y cariño.

Osorio ha escrito un estudio concienzudo, que hacía falta y que es lástima no haya sido ya traducido al español, donde debiera extenderse, ya que en España no se conoce la literatura brasileña, sino muy superficialmente, pues son contados los literatos de aquella nación traducidos al castellano.

Solo uno—por haber residido bastante tiempo en Cádiz, representando consularmente a su país (Matheus de Albuquerque)—y por haber escrito una novela, de ambiente andaluz, («Márgara», traducida al castellano y publicada por la Casa Rivadeneyra, de Madrid), ha sido bastante leído en estos últimos años, hasta el punto de que ya su obra se halla casi agotada.

Y es lamentable que no sean bien conocidos aquí los literatos brasileños, porque hay en aquel país grandes figuras, entre ellas Graça Aranha, llamado justamente el príncipe de la literatura brasileña, que ha sido detenidamente estudiado por su compatriota Elysio de Carvalho en la obra «Príncipes del Espíritu Americano», traducida del portugués por el escritor español César A. Comet y publicada por la «Editorial América» de Madrid.

El propio Elysio de Carvalho es otra gran figura de la literatura brasileña.



JOSÉ OSORIO DE OLIVEIRA
Erudito crítico lusitano

En el tomo *Letras* de Rubén Darío hay un capítulo titulado *El Brasil Intelectual* en el que dice el inmortal poeta inolvidable: «Carvalho fué el paladín de la revolución intelectual en la juventud brasileira. En relación con los *leaders* de Europa, llevó su entusiasmo hasta afiliarse a pequeñas agrupaciones que en el mismo París tuvieron una efímera vida, tal el mentado naturismo, que no tuvo más razón de ser en pleno afianzamiento simbolista que el talento impaciente de unos cuantos. En el Brasil, la aparición de un joven combatiente como Carvalho llamó la atención de todos, provisto, como iba, según el decir de José Verísimo, «de una rica si bien desordenada y no menos interesante actividad mental.»

Y además hay que mencionar otros ilustres escritores y poetas, como Monteiro Lobato, Afranio Peixoto, Machado de Assis, Coelho Netto (de quien mi íntimo amigo Eduardo de Ory ha traducido algunos poemas), Rosalina Coelho Lisboa, Olavo Bilac, el excelso sonetista, Raimundo Correia, Alberio de Oliveira, Sylvio Julio (autor del admirable libro «Apostólicamente», en el que estudia con-

cienzudamente la labor literaria de los escritores españoles José María de Acosta, José Francés, Pío Baroja, Miguel de Unamuno, etc.; Silva Lobato, y otros muchos que sería prolijo enumerar.

Por eso «Literatura Brasileira» de José Osorio de Oliveira alcanzará buen éxito, porque es una obra útil y de gran interés para cuantos deseen conocer al Brasil intelectual.

El valenciano Juan Lacomba es también un literato muy joven y de risueño porvenir.

Crítico y poeta a la vez y con una cultura nada vulgar, ha sabido en poco tiempo destacarse en la falange de escritores españoles modernos.

Lleva publicados tres libros: «Arte Valenciano-Folchi: su obra», estudio concienzudamente hecho del pintor González Martí (Folchi), su compatriota; «Tardes de Provincia» y «Libro de Estampas» (poesías), este último de reciente publicación.

Con esos tres libros, en verdad notables, Lacomba ha sabido imponer su personalidad y llegar a importantes periódicos españoles y americanos, donde su colaboración es estimadísima.

Estudios suyos hemos leído en «El Eco de España», de Rosario de Santa Fé (Argentina), que podrían suscribirlos muchos de nuestros más conspicuos críticos.

Y es que Lacomba sabe analizar y describir de modo envidiable. Sus extensas crónicas sobre pintores, escultores, novelistas y poetas, son páginas brillantísimas que dan idea perfecta del autor estudiado, porque, al revés de muchos que manejan el escalpelo solo para herir y molestar, Lacomba suele frecuentemente ver las bellezas, apartando los ojos de los defectos y fealdades que las obras encierran, lo cual constituye, aparte de un marcado buen gusto, una cualidad inapreciable.

Lacomba es un espíritu fino, aristócrata, de selección.

No es el literato que llena páginas por la necesidad apremiante de la vida. Por el contrario, para él es un placer el escribir y escribe cuando tiene que decir algo agradable, ameno o de interés. No es fácil, por esto, encontrar vulgaridades en sus crónicas, siempre amenas y atiladas.

Como poeta no vale menos. Sus dos pequeñas colecciones «Tardes de Provincia» y «Libro de Estampas», acusan al lírico moderno, sin estridencias ni choca-

rrerías; artista del verso emotivo y sentimental, engarzador de bellas rimas y de sutiles pensamientos delicados.

El escritor valenciano José Aznar Peller, ha hecho el mejor juicio de la obra «Tardes de Provincia, de Lacomba, al decir: «Son estas poesías, como los licores exquisitos, que tomamos a pequeños sorbos para saborear sus excelencias. El lector de ellas, se detiene a cada verso como ante la presencia del Arco Iris que nos muestra mayor número de colores cuanto más le contemplamos. La pluma



JUAN LACOMBA
Poeta y crítico valenciano

de Juan Lacomba es una varita mágica que nos hace padecer espejismo, pues que con la lectura de sus crónicas composiciones se fija en vuestra retina el cuadro descrito con toda la esplendidez de color que dá la Naturaleza. La pluma de Juan Lacomba forma pareja con el pincel de Gabino Otero, el pintor que más fielmente ha sabido trasladar al lienzo nuestros jardines.

Artista y poeta han debido respirar el mismo ambiente y no parece sino que hayan hechos sus obras en colaboración; ya estampando Lacomba frases poéticas en los lienzos de Otero, ya dando este unas pinceladas a las cuartillas de Lacomba.

Lacomba triunfará totalmente en breve plazo. Y su firma, que ya va apareciendo en prestigiosos periódicos y revistas, será en no lejana fecha—a juzgar por sus trabajos de ahora—una de las más populares y buscadas entre las del día.

ZAHORI

Por exceso de original hemos suprimido en este número varios trabajos destinados a él y la sección «Miscelánea»

CUENTOS DE "LA VIDA LITERARIA"

SU ÚNICO AFÁN

Malvendió la menguada herencia que le legaron sus mayores, mofóse despiadadamente del rancio abolengo de su estirpe, y con el caletre repleto de mil ideas bulliciosas, un buen día dejóse caer—como un fardo de ilusiones—sobre el mullico asiento del tren expreso que había de conducirlo a la corte famosa de las Españas.

Reconocía, despreciativo, que acababa de tirar su hacienda por la ventana igual que pudiera haberlo hecho cualquier calavera empedernido e insensato. Pero su ideal exigía tamaño sacrificio: era preciso arrostrarlo todo para conseguirlo todo. El triunfo es esclavo de la audacia. Nada le importaba que el escudo nobilísimo labrado en piedra en el frontis de un palacio casi en ruinas, blasón legendario de un apellido ilustre que avaloró con las glorias de sus caballeros las páginas de la historia patria, pudiese al fin de cuentas pasar a ser el aparente cuartel de un grosero rico hacendado amante de las grandezas pretéritas.

Vivir sumergido en el caserón empolvado lleno de telarañas y pergaminos, morar prisionero en los sombríos salones con moblaje crujiente y antiguos tapices descoloridos que semejaban desvaídos telones de un macabro escenario de comediantes fantasmas que oficiaban en las altas horas de la noche, le parecía al rebelde un prematuro anticipo del mundo de los muertos y un suplicio no compensado por el sosiego que le reportara tanta soledad y mortificante cautiverio.

En papelotes amarillos por el tiempo, había leído los sensatos consejos de cierto antepasado suyo, dado a la honrosa manía de las letras. Las memorias manuscritas del difunto, prendieron la hoguera de los sueños locos en el cerebro calenturiento del mancebo, quien vencido por la prosa alentadora del pariente, decidió en definitiva hacer la primera salida al campo de la quimera, llevando en el arcón de su pecho el bagaje de múltiples esperanzas.

¡Madrid!... Las tertulias de la hampona bohemia le aguardarían dispuestas a reservarle la cátedra de orador tronante e innovador capaz de emitir teorías novísimas para asombro y admiración del orbe. La pobretería andante que forma falange de no comprendidos, le esperaba como al Mesías liberador del pensamiento oprimido...

Y mientras el iluso coordinaba venideras proezas, el tren expreso corría veloz por las llanuras mondas de las Mancha.

—Señor...

Fué una voz de mujer la que sobresaltó al viajero. La voz había partido de un ángulo del departamento.

—Señor...

Entonces, el soñador volvióse para inquirir la persona que con tal suavidad le llamaba.

Recostada en un rincón, una dama de edad indefinible le miraba con fijeza. Iba envuelta en un guardapolvo pardo que desvanecía su silueta. En la semipenumbra imperante adivinábase que debía tratarse de una enferma.

—Señor... si usted fuese tan amable.... ¿quiere arrojar por la ventanilla el contenido de esta copa?...

Y una mano blanca, lilial y temblona, alargó al joven una pequeña copa de cristal llena hasta su mitad de un líquido dorado.

—Señor... estoy enferma...es un poco de coñac que no he podido concluir... ¡Gracias!

Así se tropezaron en la vida aquellas dos almas. El al cojer la copa de coñac de las manos de ella, se turbó al rápido contacto de los dedos blanquísimos. La bebida áurea parecía mar diminuto palpitando al soplo del un huracán. El vió girando en el estuche de cristaldos ojos color de ámbar fascinantes y trágicos. Y cuando cumplido el mandato devolvió el recipiente a la viajera, contempló absorto sus pupilas amarillas de oro y ámbar.

Después, hablaron. Solícito colocó una almohada a modo de reposorio, para la cabeza de la desconocida.

La voz de la dama conservaba remembranzas del acento andaluz, poseía la seducción de la dulce parla argentina.

—¿Mi patria?... Nací en Buenos Aires...

El hidalgo confesó sus propósitos de lucha. La enferma sonreía al escucharle.

—Señor... voy a contarle una breve historia, un trozo de realidad... ¡Quién sabe si el recuerdo de mis palabras le será provechoso algún día!... ¡Míreme bien!... Mis cabellos rubios tienen ya hebras de plata, mi boca hace tiempo que perdió su frescura... Fuí hermosa muy hermosa...

El, mintió galante:

—Y lo sigue usted siendo, señora.

Ella, se entristeció.

—Sí: tiene usted razón. Ahora tengo la suprema que da la muerte cercana... ¿Lleva usted cuartillas?... Difícil le será escribir, pero de esta forma la escritura temblona le recordará íntesamente lo que no pueda guardar su memoria...

Y la dama de la dulce voz y los ojos de ámbar dictó la narración relámpago.

—Cuando yo era joven, vine a España con mi familia. Guiaba a mis padres el deseo de concertar mis bodas con el pariente que más me agradase. El elegido por mí fué un primito amable que entonces comenzaba el aprendizaje de escritor. La edad de mi primo excedía a la mía en quince años. Nos quisimos... Yo fuí la protagonista de sus primeras novelas... Mi primo me llamaba «su virgen de oro»... Pero la diferencia de nuestras edades o el egoísmo de los míos, impidió nuestro enlace... Caballerosamente, el único hombre a quien yo quería se apartó de mi camino; fingió alvidarme, se sacrificó... Me casaron sin amor... No tuve voluntad para resistir... Sólo al leer los libros y artículos de mi primo supe que yo seguía viviendo en su corazón, que la virgen de oro seguía siendo amada... Enviudé... Días antes llegó hasta mí la noticia del casamiento de un famoso escritor... Me recliné en un pueblo silente, cual si fuera en un claustro... No sé cuantos años he vivido allí... Y ahora, casi moribunda, en la más espantosa ruina de mi belleza, sin amigos, sin familia, con la horrible compañía de mis recuerdos, el destino me empuja hacia él... Quiero verle, sin que me reconozca, quiero ser una sombra que le siga a distancia, siempre fiel, siempre enamorada... Y esta es mi historia.

El viajero dobló las cuartillas, y se las guardó.

—¿Me es permitido conocer el nombre de ese literato?

—Sí; procure no olvidarlo. Es Alfonso del Castillo.

—¿El célebre novelista?

—El mismo.

El esfuerzo mental produjo el cansancio de la enferma. El resto del viaje permaneció en un mutismo absoluto. Parecía dormida.

Al detenerse el convoy en la estación cortesana, los labios de la desconocida modularon de nuevo su constante deseo.

—¡Quiero verle, quiero ser una sombra que le siga a distancia... Es mi único afán!...

Mas el destino ordenó como dueño y señor. Abiertos los ojos de pupilas doradas, con ligero arrebol en las mejillas, divinizada en el instante supremo, la dama de la voz seductora penetró en el reino de las grandes tinieblas y luminarias.

Y el hidalgo besó aquellos ojos antes de cerrarlos...

El novel escritor aprovechó la lección que acababa de brindarle la vida.

*
*
*

Su primera obra tuvo por fundamento la breve historia escrita en el tren expreso.

Terminado el drama, una docena de encumbrados le ofrecieron asistir a la lectura de la producción. El, en su atolondramiento, no se preocupó de los nombres de los oyentes. Le bastaba saber que todos eran famosos...

El juicio que les mereció la obra fué de los más severos. Uno de los maestros — en la senectud plateada — expuso sucintamente su criterio:

— Ese drama es un sueño de juventud: no es real. El público no lo admitiría porque ya sus gustos distan mucho de los romanticismos absurdos... ¡Realidades, joven, sólo realidades!...

El luchador contempló con altanería al que así hablaba. Y como sorprendiera en el rostro del viejo una risita burlona, vociferó enérgico:

— ¡Realidad es!... La vida me dió el argumento!... ¡Es la historia del primer amor del célebre novelista Alfonso de Castillo!

Los literatos miraron asombrados al anciano de los cabellos blancos. Este, dominado por la emoción que le embargaba se quedó pensativo. Varios segundos transcurrieron en silencio.

El viejo se acercó al dramaturgo. En las pupilas grises del encumbrado temblaban dos lágrimas.

— ¿Y dice usted que ella, minutos antes de morir, le confesó que verme era su único afán?...

GLORIA DE SAN TELMO



CARLOS MARIA OCANTOS

En más de una ocasión hemos afirmado ser incomprensible el modo cómo subsiste en parte considerable de la población española el antiguo prejuicio de que América carece de grandes prosadores, no habiendo descollado su literatura mas que en la Lírica. Y no es sólo la masa lectora, sino algunos intelectuales

donde resulta que solamente adquieren fama y renombre populares, por lo que toca a los autores americanos, aquellos que publican aquí sus obras. Lo que no acertamos a comprender es que haya profesional de las letras, prestigio consagrado de la novela española, para el que no tengan valor, el altísimo valor que todos los demás disciernen sin restricciones, a los nombres de Larreta, Barrios, Gálvez, Ocantos, Díaz Rodríguez, Quiroga, Prado, Reyless y algunos más.



y escritores de nota quienes continúan en el error. Recientemente hemos leído una interviú de Baroja con un periodista, en la que el recio narrador vasco no vacila en lanzar esta para él incontestable pregunta: «¿Qué maestros de la novela hay en América española?».

Nos explicamos, en cierta manera, que exista ignorancia popular de la copiosa y selecta producción novelística americana contemporánea, porque es notorio que las obras maestras de este género producidas allende el océano no se encuentran en las librerías españolas, de

La publicación, en estos días primaverales, de una obra debida a la pluma de uno de esos autores americanos, editada en Madrid, pone de relieve esta cuestión, sobre la que debatiríamos extensamente ponderando cómo América ofrece una novelística tan admirable como la propia española. Nos referimos a la novela *Tulia*, de Carlos María Ocantos, el insigne escritor y antiguo diplomático argentino, novela que por su importancia y valor en toda suerte de aspectos, reafirma el justo renombre hace tiempo, logrado por su autor.

Ocantos, a quien ayer Pereda, Valera y Galdós elogiaron con entusiasmo y justicia, a quien Blasco Ibáñez diputa como el primer novelista de América, y Gómez de Baquero y tantos otros críticos eminentes dedican sus juicios encomiásticos, ha escrito, con el citado, veintidós volúmenes de novela y cuentos, volúmenes clasificados en *novelas argentinas* (diez y ocho) y *cuentos y novelas cortas* (los cuatro restantes, en los que hay dos de cuentos varios, uno de seis novelas cortas danesas y otro de seis novelas cortas españolas). En toda su vasta producción campea esa amalgama del realismo de la descripción y la honda penetración psicológica de la vida, de las almas y el sentido de las cosas que se ofrece palpablemente en cualquiera página, como sello personal inconfundible.

Tulia, obra lograda, demostrativa de la madurez mental de Ocantos, es una de sus diez y ocho novelas grandes argentinas, todas las cuales han sido consideradas, apenas aparecidas, como modelos del género. El alquitarado estilo, la brillantez de imágenes e ideas no resta fuerza y emoción a sus escenas y paisajes. Y es que este gran novelista constituye lo mismo el galano estilista de *La cola de paja*, obra con la que obtuvo medalla de oro y diploma de honor de la Real Academia Española (a cuya corporación pertenece, desde hace años, como miembro correspondiente), que el agudo observador de León Zaldívar, *El candidato*, *Tobi*, *Misia Jeromita*, *Nebulosa*, etc.

Hace ya mucho tiempo que el nombre y la obra de Carlos María de Ocantos traspasaron las lindes de su patria y de España, pues que fueron traducidas a idiomas extranjeros algunas de sus más famosas producciones. Y así vemos, paralelamente, cómo el historiador Alfred Coester escribe en *The Literary History of Spanisch América*: «El más grande novelista argentino es Carlos María Ocantos, al que pudiera llamarse con propiedad el Balzac de la Argentina. A ejemplo del autor de *La comedia humana*, ha escrito un ciclo de novelas, cuyos protagonistas están vinculados entre sí por lazos de parentesco. Ese plan le ha permitido no sólo evocar escenas de la vida actual, sino el pasado de sus personajes».

Actualmente este ilustre artista del verbo y de las letras hispánicas, jubilado en su carrera—a lo largo de cuyo ejercicio como Ministro Plenipotenciario en varios países tributó señalados servicios a su patria y a la causa de la cultura—se encuentra en Madrid. A pesar de la enorme labor ya desarrollada, no deja de acrecentarla, infatigable. Así vemos que anuncia en su nueva obra la preparación de otras dos novelas argentinas, que constituirán los volúmenes XIX y XX de la serie: *El emboscado* y *Fray Judas*.

ANGEL DOTOR

ADVERTENCIA

Advertimos a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales, publíquense o nó, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

Poetas contemporáneos



Emocionario

OSCAR WILDE

I

Se alzó Narciso y hubo un suspiro en la fronda;
fracasaba la tarde en el poniente gualda,
iba el viento a jugar armonioso en la onda,
era el bosque a lo lejos como inmensa esmeralda.

Junto al remanso de oro—un amarillo pálido—
la tarde, espejeaba todo su resplandor;
vibró una voz en punto en un comento cálido
susurroso, elegante: "Fué una vez un pastor..."

Calló el viento y los árboles, levemente curvados,
escucharon las glosas, los cuentos desgranados,
unos cuentos sencillos de motivo banal...

Los recogió la fronda y en la noche serena
los recitó a la yedra, al lirio, a la azucena...
Y así nacieron todos los cuentos de Oscar Wilde.

II

"Fué una vez un pastor..." Bogó la fantasía
por los mares sin rumbo de la divagación
el motivo, empolvado de gris melancolía,
era una llama amplia ardiendo de emoción.

Era toda la vida del escritor; temblaba
como una incertidumbre, era todo inquietud,
en el final intenso e irónico, flotaba
el tedio inacabable de aquella juventud.

Oscar Wilde, Oscar Wilde. El príncipe feliz
que se consume, envuelto por un ambiente gris
y quema sus fracasos en la degradación...

Yo he visto en la lectura de tus obras más bellas
entre himnos de gloria y escintilar de estrellas
como sangraba todo tu joven corazón.

JUAN LACOMBA

¡ES POR ESO!

Poblando el aire de fragancia, vienes
de ajenas playas al solar nativo,
como alguien que viniera de los campos,
trayendo entre las manos muchos lirios.

No sé si encuentres para ser dichosa
aquí, bajo este cielo; algún motivo;
pero sé que al venir, a mi me alegras
como a campo de flores el rocío.

¡Está mi corazón de primavera!
y así que todo está me lo imagino,
¿no ves como más luz en el ambiente
y más canto de amor entre los nidos?

Yo te miro a través de un prisma raro,
¿quién mirarte podrá como te miro?
No olvides que en tu ser matices veo
que muy pocos tal vez han presentado.

Tal fué lo que te dije yo una noche,
una noche, mi bien, que nunca olvido,
una noche que fueron, tú lo sabes,
las horas cortas por estar contigo.

JOSÉ M. BERNARD.
(Dominicano)

EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Y dijo Dios.—¡Descúbrase la América!—
Y a su palabra celestial, ingrátida,
surgió Colón, cuya figura impávida
había de completar la tierra esférica.

Llegó el marino a la nación ibérica,
y entre una Reina de sus glorias ávida
y un pobre religioso de la Rábida,
facilitaron su labor homérica.

A impulso de su espíritu romántico,
y confortados con la fe deífica
Colón y España surcan el Atlántico...

Y en la noche del trópico, pacífica,
suena la voz de "¡tierra!" como un cántico
¡y la Creación complétase magnífica!

CARLOS VALVERDE

SOMOS TAN SOLO UN ECO...

No, amigos: a pesar del impulso violento
de nuestras ambiciones, somos solo una cosa
humilde en el gran todo que, con maravillosa
luz, detiene las ágiles alas del pensamiento.

Es inútil gemir con dolorido acento;
siempre ha de estar la Esfinge serena y silenciosa.
No, amigos: a despecho de nuestra alma orgullosa
somos un débil grito que se pierde en el viento...

Hermanos de la hierba que nuestro pie asesina
cumplimos sin saberlo la voluntad divina,
sin que quede el recuerdo de nuestra breve estan-
(cia...

A pesar de los dulces y los altivos sueños,
de la loca inquietud, de los magnos empeños,
somos tan solo un eco de la gran resonancia.

MANUEL BENAVENTE
(Uruguayo)

DIFRACTALIA

LOS TÉCNICOS

Lindbergh salió de New-York con rumbo a París en su aeroplano "Spirit of Saint Louis".

Antes de partir, cuando nadie lo esperaba, se presentó solo en su aparato que no era hidroavión, ni tenía telegrafía sin hilos, ni se le conceptuaba con la suficiente calidad para una travesía tan arriesgada aún en condición tan elemental como la orientación. Y por si ello era poco, el piloto no llevaba más ropa que la puesta, iba sin dinero y casi sin alimentos y en estas condiciones y sin escuchar a los técnicos, se lanzó a la travesía del atlántico.

¡Los técnicos! Pero, ¿acaso Lindbergh no era un supertécnico?

Los sabios oficiales, los técnicos de oficio, los consagrados, no quieren que nadie los supere y a nadie reconocen superioridad. Lindbergh no les hacía caso, prescindía de ellos, desatendía sus indicaciones, hacía lo contrario de lo que le aconsejaban; luego estaba loco. No podía ser de otra manera. ¿No debieron pensar los técnicos norteamericanos que, acaso, sabía más que ellos? Eso, jamás. No había duda; Lindbergh estaba loco, y así lo dijeron, y así lo publicaron las prensas de todo el mundo en grandes titulares: "El loco que vuela".

Lindbergh llegó a París; triunfó. Y ante los cientos de miles de espectadores que comprobaron su triunfo, los técnicos franceses tuvieron que reconocer el hecho, imposible para ellos hasta entonces, y se vieron precisados a sumarse al entusiasmo de las masas y a aplaudir al loco. Y no solamente a eso: ante la precisión del vuelo, ante la construcción del aparato, ante la cantidad de gasolina sobrante que marcaba una exactitud en el cálculo de lo que había de consumirse, y, en suma, ante la imposibilidad de seguir con la leyenda de la locura, han dicho al mundo entero que el loco es sabio, y se han callado, pero los hechos lo dicen, que es más sabio y más cuerdo que todos los técnicos que le juzgaron.

¡Pobres genios locos! ¡Pobres sabios enloquecidos! Miraos en el ejemplo de ese Lindbergh, émulo vuestro que en menos de 48 horas pasó de la locura al endiosamiento. Aprended de él, y curaos de vuestra locura. Ved como triunfa y como, ya en París, entra en la cabina de un avión recién construido, de nuevo modelo, y no queriendo oír las explicaciones que le dan respecto a su manejo, se eleva en los aires y realiza, ante la multitud entusiasmada, un vuelo pleno de arries-

gadísimas acrobacias que causan la admiración hasta de los técnicos.

También vosotros, ¡pobres sabios locos!, hacéis admirables acrobacias con las letras, con los números, con los sistemas políticos y filosóficos, con las proyectadas máquinas que jamás veréis construídas, o que si por grande suerte las viérais, a la menor imperfección serán desechadas, y se reirán de vosotros los técnicos, y no os la dejarán perfeccionar.

¡Desgraciado Isaac Peral! ¡Él, no pudo demostrar a las masas en unas pocas horas la trascendencia de su invento! ¡Él, no pudo pulirlo ni presentarlo como otros lo hicieron unos lustros más tarde! ¡Y cuántos casos como éste en la historia de la humanidad, y cuántos como él en la de nuestra España, tan poco atenta a sus vanguardistas! ¿Para qué citar nombres? Todos los tenéis presentes. Repasad, y en vuestra memoria no faltará el recuerdo del loco, del chiflado de quien todo el mundo se mofa en cualquiera que sea la ciudad donde residís. Sea cualquiera su pretendido descubrimiento, es el hazme reír de las gentes, porque no puede demostrarlas las excelencias de sus ideas o de sus máquinas, por precisar las masas del informe técnico, pues sin él no pueden discernir de lo que no entienden. Y ahí está el escollo. Los técnicos siempre fueron en su mayoría misonieistas; casi siempre odiaron a todo aquello que no salía de ellos mismos, a todo progreso venido de fuera de sus agrupaciones. Quizás, como castigo a su actitud, las más grandes invenciones se han dado fuera de todo tecnicismo.

Por culpa de una gran parte de los técnicos, la humanidad es detenida en su progreso. Ellos ahogan todo esfuerzo y matan toda esperanza. Ellos declaran loco a todo el que no sigue sus trillados caminos. Cuando admiten un adelanto, lo hacen en último extremo; transformándolo en rutina y en estatismo, cuya inercia se hace trabajosa de vencer. La mayor parte de los técnicos han carecido siempre de la movilidad de criterio exigida por las circunstancias, y por ello, al informar sobre hechos aún no sancionados, se equivocan siempre. Otras veces ponen en duda los hechos más evidentes.

En confirmación de ello, hay numerosos ejemplos. Citaré, a propósito, el informe dado en 1769 a la Academia de Ciencias de París por Lavoisier, en el que después del análisis químico de un trozo de aerolito dice «que no ha caído

del cielo» y que la tal «piedra no es otra cosa que una especie de asperón piritoso que no ofrece nada de particular». Más adelante añade «que tal vez estaba oculta por una capa de tierra o de césped, quedando descubierta al ser tocada por el rayo». Hasta el 26 de Abril de 1803, la Academia no reconoció la realidad de los aerolitos después de leer el informe de su delegado Biot y cuando ya no cabía ninguna duda a muchos testigos presenciales, que no necesitaron haber sido académicos para estar plenamente convencidos de la *caída de piedras del cielo*.

En la misma Academia, uno de sus miembros, Mascart, director de la Oficina Meteorológica Central, en el año 1890, puso en duda la existencia del rayo esférico, a pesar de estar plenamente comprobada su existencia en dicha época.

También es célebre el informe de la citada Academia respecto al proyecto de ferrocarriles, los cuales creía impracticables a causa del rozamiento del aire y de la enorme elevación de temperatura que tendría que soportar el material ferroviario. A mayor abundamiento, el colegio de Medicina de Baviera informó sobre el mismo asunto, que un movimiento tan rápido provocaría fatalmente trastornos cerebrales en los viajeros y vértigo en el público exterior; recomendando que se construyera, por lo menos, una pared de madera a cada lado de la vía.

Hervey fué llamado loco por los técnicos, en mérito a sus trabajos respecto a la circulación de la sangre.

A Daguerre se le quiso encerrar en un manicomio, por la prueba irrefutable de la locura que constituía su convicción firme de que conseguiría clavar en la pared su propia sombra o fijarla en placas metálicas. Y la fotografía trajo a la ciencia uno de sus más estimables medios de investigación, merced al loco de Daguerre.

Técnicos hubo que se negaron a mirar al cielo por el telescopio de Galileo, así como también otros que no quisieron conocer el campo del microscopio. Y a propósito de Galileo, es curioso anotar que los técnicos de su época afirmaron rotundamente que el sol no podía tener manchas.

También es digna de recordarse la escena cómica, al par que grotesca, de un académico, queriendo abalanzarse indignado sobre el representante de Edison, que presentaba por primera vez el fonógrafo del ilustre inventor, por figurársele un ventrílocuo que les estaba tomando el pelo.

A principios del corriente siglo, el celebrado geómetra Enrique Poincaré califica de hipótesis agradable y cómoda la de que la tierra gire, fundándose en que ninguna experiencia permite comprobarlo.

Y, en fin, a qué citar más casos. Llenaría con otros idénticos muchas páginas. Veamos lo que a propósito de este asunto escribía el insigne astrónomo Camilo Flammarion el año 1923:

«En primer lugar, existen espíritus de un gran valor en las ciencias, verdaderos maestros del profesorado, altos funcionarios de la enseñanza y de la administración, muy competentes en ciertos asuntos, muy rectos, muy ponderados, de un juicio generalmente fundado, pero que no salen de su cuadro y para los cuales la ciencia ha dicho en todo su última palabra. ¡Están convencidos de que son conocidas las leyes de la Naturaleza! Son los mismos hombres que se opusieron a los descubrimientos nuevos de todos los tiempos, al movimiento de la tierra, al telescopio, a la circulación de la sangre, a los aerolitos, a la vacuna, a la electricidad, al alumbrado de gas, a los ferroca-

rriles, a la fotografía, al telégrafo submarino, al fonógrafo, al cinematógrafo, a la aviación, etc. Jamás consagraron tiempo alguno a estas investigaciones porque *estaban seguros de que la cosa era imposible* y se obstinaron siempre en un escepticismo que les parecía racional».

«Existen después las gentes muy listas, hábiles para los negocios, falsos, pícaros, tortuosos, acostumbrados a explotar al prójimo, para las cuales es mejor robar, que ser robado, y que en su vida habitual no sienten el menor escrúpulo engañando a sus semejantes. Esta categoría de gentes nunca podrá ver en los problemas nuevos otra cosa que no sea habilidad y engaño.»

«Y, por último, existen los incapaces de juzgar los fenómenos, los ingenuos y los crédulos desprovistos de todo espíritu crítico».

Respecto al caso que se hace de quienes se ocupan de aportar nuevos descubrimientos a la humanidad, el citado hombre de ciencia escribe poco después:

«Las columnas de los periódicos están ocupadas por los ejercicios materiales, las carreras de todas clases, los millones

apostados, los concursos de velocidad, los atropellados, los deportes, el boxeo, los *matches* de pugilistas, las especulaciones, el teatro, el *cinema*, los *films*, los bailes nuevos, el desnudo de los *music-hall*, los adulterios, los crímenes pasionales, los asesinatos, las disertaciones políticas, los anuncios. Todo lo que se refiere al progreso de las ciencias y de la instrucción general brilla por su ausencia».

¡Aprended, locos genios, locos sabios, locos a quienes los técnicos y tras de ellos las masas os señalan con el dedo! Aprended de la historia e imitad a Lindbergh. Haced, como él, un supremo esfuerzo de victoria. Y si no podéis triunfar, si no llegáis a presentar ante las masas la excelencia de vuestras ideas, de vuestros descubrimientos o de vuestras máquinas, arrollando a los técnicos, despreciándolos, como ha hecho Lindbergh; quemad vuestros papeles, destruid vuestros aparatos, dejad los cerebros con la satisfacción interior de sus geniales concepciones y divertíos, gozad de esta vida; pues será lo único que, rodeados de tal ambiente, váis a sacar de ella.

VICENTE GANZO.

Mientras fumo un cigarro

EN LA TIERRA DEL SOL

Desde la infancia, es decir, desde los días muy lejanos, ya por cierto, en que mi consciencia comenzara a manifestarse, Andalucía constituía para mí el país encantado donde la bella sinfonía de luz y de color ofrecía al alma las más deliciosas armonías.

Azul, muy azul arriba, en el cielo; irisados matices abajo, en la tierra. Esto era para mí Andalucía.

Doceles de turquesa, y por alfombra, tapices de esmeraldas.

Mañanas luminosas, tardes plétoricas de belleza y noches de encalmada poesía.

Inmenso búcaro de flores herido por un rayo fecundante de sol.

Así concebí a Andalucía en mi imaginación de niño al principio y en mi mente de joven más tarde.

¡Cuántas veces en mi aldea norteña, envuelta en densas neblinas y en tanto que las olas encrespadas y furiosas rompían contra los acantilados gigantescos, soñé con los cielos andaluces!

¡Cuántas veces, circundado de montañas de nieve cual enormes taludes, aterido evocara el bello sol de Andalucía!...

Junto a la chimenea donde crepitaran encendidos leños, allá en las cocinas ho-

gareñas de Vasconia, Asturias y Cantabria, en las montañas burgalesas y en las llanuras extremeñas, en la meseta castellana y en los montes navarros, en las fértiles tierras de Aragón y en el de ambular por las calles madrileñas, siempre como en una promesa de liberación, pensé en Andalucía.

Y cuando el cierzo azotara inclemente los vitrales de mi cuarto, y cuando el aquilón rugiente en las largas invernadas hiciera chirriar viejos portones, y cuando la cellisca flagelante cayera sobre mi rostro, Andalucía surgía en mi espíritu como un retazo de cielo azul en medio de unos nubarrones tristes y plomizos...

Ya estoy en la tierra tantas veces por mi soñada; ya estoy en la bella tierra del sol; estoy ya en Andalucía.

La tierra me embriaga con sus aromas, el cielo me fascina con su luz.

Y a la caricia de un sol incomparable, el paisaje de las tierras pardas se aleja; el de las montañas escarpadas llenas de bruma se va, y el de los nidales de las cigüeñas se esfuma y se pierde...

La decoración ha cambiado.

Los caseríos melancólicos incrustados en las estribaciones de la serranía y don-

de las esquilas tienen sonido de lamento, se han trocado por los rientes cortijos donde el campanileo de las bestias tiene evocaciones de noches verbeneras o de tardes luminosas de toros.

Mientras acodado en el sillón de mimbre de la terraza del café atisbo el ir y venir de las mocitas guapas, en sus peinas de teja y en sus mantillas de blondas veo como la luz del sol reverbera con sus mágicos destellos, reflejando la esplendidez del paisaje donde los naranjos son como gigantes amapolas y donde los olivos como inmensas esmeraldas orlando el brazo ebúrneo de una hembra hermosa se extienden a través de la campiña exuberante y magnífica.

Rubíes y topacios son los campos, turquesa son sus cielos esplendentes. En esta mañana intensamente luminosa y bella me embriago de optimismo, bañando mi alma en las irisadas aguas de un hosanna de dulces armonías porque estoy en Andalucía, en la tierra de las fragancias y en la tierra del sol...

ANTONIO DE LLANOS.

MEDICINA Y HOGAR

Los Médicos y los medicamentos

Es un error muy frecuente de las gentes el pensar que cuando un médico aconseja un plan curativo, está obligado a tirar de pluma y receta y prescribir un medicamento que ha de buscarse en la farmacia. Este erróneo y abusivo concepto impera tanto en ciertos ambientes, que realmente le es necesario al médico de visita recetar de una manera constante para que el enfermo y sus familiares queden satisfechos de su celo y laboriosidad.

A fin de que se sepa con claridad cual es la opinión de muchas celebridades médicas, me ha parecido útil hacer un extracto de sus ideas sobre este punto, eligiendo a los extranjeros por no haberse desterrado aún en nuestro país la perniciosa e injustificada manía de que lo de fuera es lo mejor. He aquí dichas opiniones:

DR. BICHARD.—Eminente fisiólogo.—La medicina es un cúmulo incoherente de ideas heterogéneas. Es tal vez de todas las ciencias la que pone de manifiesto de una manera más clara la aberración del espíritu humano. Y es que no fué creada por un espíritu metódico, sino por una serie de observaciones, a menudo pueriles, recogidas en circunstancias muy diversas, de métodos ilusorios y de fórmulas arbitrariamente combinadas, de modo que la práctica de la medicina tropieza con un sin número de contradicciones.

PROFESOR DR. BOCK.—¡Lejos de mi cabecera todo colega medicómano!

DR. BOERHAVE.—Si se compara el bien que han hecho media docena de verdaderos hijos de Esculapio con el mal causado a la humanidad por el inmenso número de doctores, no habrá quien no piense que más hubiera valido que nunca hubiesen existido médicos.

DR. CARUS.—Médico del rey Juan de Sajonia.—Los siete décimos de enfermos mueren no de la enfermedad, sino del uso desacertado o abuso de medicamentos, o de fiarlo todo a su acción efímera.

DR. COY.—Los escritores médicos, copiando lo que han asegurado sus predecesores como cosa de fe, en vez de ponerlo a prueba ellos mismos sin juicio ya formando a su favor, propagan el error y detienen el progreso de la verdadera ciencia médica.

DR. CHRISTISON.—Profesor de Materia médica.—De todas las ciencias médicas, la terapéutica es la menos precisa, la de estado menos satisfactorio en la actualidad, la más atrasada. Más de un millón de preparaciones farmacológicas han caído en desuso y en olvido después de una corta popularidad usurpada.

DR. FORBES.—Hay enfermos que curan con el auxilio de medicación; muchos, sin ella, y muchos más aún, a pesar de ella.

DR. FORTH.—El tráfico más censurable es el que se hace con la medicina actual. La indolencia en no querer abrir los ojos es la que lo fomenta.

DR. GOOD.—Los efectos de los medicamentos sobre nuestro cuerpo son en extremo inciertos. Lo único que sabemos es que con ellos se han segado más vidas que con la guerra, la peste y el hambre juntas.

DR. GRANICHSTETTEN.—La decrepitud precoz y el estado valetudinario en sus formas tan variadas, sobre todo en las clases elevadas, son por lo general una consecuencia de las medicaciones más o menos acertadas. Desde que la química ha sido tan espléndida en productos de la quina, del mercurio, del opio, del antimonio, del arsénico, del cianógeno (como el ácido prúsico), etc., y su aplicación, tan valerosa como inhumana, se ha generalizado tanto, la raza ha degenerado visiblemente, sobre todo en clases acomodadas y su progenie. El que suele acudir a la farmacia, queda para siempre tributario y víctima de la misma.

DR. HOFFMANN.—Todo el que tenga apego a su salud, debe huir a los medicamentos.

DR. JOHNSON.—Una larga experiencia práctica y maduras reflexiones, hacen convencer de que habría menos enfermos y menor mortalidad en el mundo si no tuviésemos medicamentos.

DR. KIESER.—Es acertado el proverbio de que *el remedio es peor que el mal* en muchos casos en que se emplean medicamentos. Lo único que el médico puede y debe procurar es alejar las causas de la enfermedad y lo que la fomenta y sostiene, sin dejarse vencer por la medicomanía, la teoría dogmática o el lucro. De otro modo se engendran enfermedades artificiales. Los sistemas teóricos de la historia de la medicina han causado más víctimas que las epidemias y guerras más temibles.

DR. LANTER-BRUMTON.—Profesor de Materia médica y Terapéutica.—Nuestras ideas son muchas veces vagas y nebulosas. Propinamos a menudo medicamentos al acaso, sin idea precisa sobre el efecto que deben producir, esperando, sin embargo, obtener el deseado, y si así no sucede, sin podérnoslo explicar, probamos otro remedio.

DR. LORINSER.—Consejero de Sanidad.—Grandioso y trascendental es el error que los grandes sacerdotes de la Materia médica y de la Farmacodinamia inculcan a sus discípulos, y luego éstos, a los suyos. Le atribuyen a multitud de medicamentos del reino vegetal, mineral y animal, efectos descritos con minuciosos pormenores y tan extraordinarios, que de resultar verdaderos al pie de la letra el género humano se vería para siempre redimido de toda enfermedad. Sin embargo, al médico que debuta, le parece incomprendible que, con tantos medicamentos de acción tan diversa y precisada tan exactamente, sucumba tanto enfermo bajo su mal; y después de haber invertido muchísimo tiempo en sabérselos casi de memoria, no emplea de ellos ni las nueve décimas partes, acabando por desechárlos aún de éstas una buena porción. ¿Puede darse papel más desairado que el del médico de cabecera que, al hallarse enfermo él mismo, se atosiga con medicamentos que creyó haber empleado con éxito en clientes que los arrojaron en el vaso, de noche? Pero, en cambio, muchos médicos hay que no toman ninguno, o pocos de los medicamentos que prescriben a los demás pacientes.

DR. MAGENDIE.—Célebre fisiólogo y patólogo.—La ignorancia de la verdadera

índole de la alteración fisiológica (llamada enfermedad) es tal, que acaso valdría más no obrar sin saber cómo ni porqué, pues se corre el riesgo de precipitar el curso funesto de la enfermedad.

DR. PEASLE.—El uso de la morfina u otros narcóticos constituye el primer paso falso dado en un camino, en que por fuerza se tendrá que proseguir.

DR. RICHTER.—Comandante de Sanidad Militar.—Muchas de esas máquinas de escribir recetas atribuyen al efecto de la medicación el triunfo de los esfuerzos de la naturaleza sobre el mal, dejándose arrastrar por el *post hoc, ergo propter hoc*, causa de tantísimos errores en toda clase de juicios de la inteligencia humana, que a menudo considera una cosa hija de otra, que en realidad nada tiene que ver con la segunda, por el mero hecho de ser una precedida por otra.

DR. SCHARF.—Las farmacias, merced a que el Estado se cree desligado del deber de intervención en este asunto, constituyen hipócritas arsenales de la muerte.

PROFESOR DR. SKODA.—Es uno de los ilustres fundadores de la medicina alopática moderna.—No ha prescrito durante muchos años en su clínica del hospital general, para todas las enfermedades, más que cocimiento de raíz de grama, arrojando la estadística un resultado tan bueno como en otras clínicas.

PROFESOR DR. STEVENS.—Todos los médicos en general, a medida de los años de práctica que llevan, recurren cada vez menos a los medicamentos. Cosa notada por todo el mundo es que el médico joven receta mucho más que el envejecido en la profesión.

PROFESOR DR. SCHWENIEGER.—Médico de cabecera del Príncipe de Bismarck.—El crédito de las recetas, sin las cuales antes pocos esperaban recobrar la salud, ha sufrido una baja fortísima. Somos los médicos los causantes involuntarios del terrible vicio de la morfomanía que va cundiendo en casi todos los países civilizados, hasta aquí exentos de los estragos del opio.

PROFESOR DR. SMITH.—Toda sustancia no alimenticia que penetra en la sangre la envenena como el agente moribífico. La digital merece bien su nombre, pues ha dado indicación digital, es decir, ha señalado con el dedo el camino del sepulcro a muchos que confiaron en el remedio específico del corazón.

Otras muchas citas podrían apuntarse para ilustrar al lector, pero bastan con las que anteceden, que no son ni las más autorizadas, ni las más expresivas; pues mi deseo es exponer este asunto de un modo razonable, sin que pueda verse ninguna tendencia de secta.

Es necesario que en problema tan vital, la cultura pública se eleve; a fin de que los médicos podamos tener una absoluta independencia en el ejercicio profesional, hoy limitada tanto por los intereses creados, como por los prejuicios, que impiden en muchos casos al médico aconsejar sencillos procedimientos higiénicos, en ocasiones, más eficaces que muchas recetas, las cuales para *quedar bien* nos vemos obligados a redactar.

DR. O'VANCORGE.



En esta sección daremos cuenta de todos los libros que nos sean remitidos, siempre que recibamos dos ejemplares. La redacción se reserva el derecho de no dar cuenta de aquellas obras que, por sus ideas o tendencias, no se ajusten a la índole de esta Revista.

La Ciudadela Secreta. Novela original de Isabel C. Clarke.—Traducida del inglés por Felipe Villaverde.—Dos partes en 8.º (252 y 238 páginas).—En cartón, con cubierta en cuatro colores, Marcos 5; en tela fina Marcos 6'50.—(Herder, Las Buenas Novelas. 2.ª serie. Tomos I y II).

Bajo este título se nos presenta una novela muy dramática y psicológica, llena de enredos y conflictos, de risueños y amargos acontecimientos. Godofredo Denne, joven inglés, guapo, protestante, rico, pero de descendencia humilde, está perdidamente enamorado de una doncella aristocrática y católica de su tierra, Melanie Ettrington, hermosísima pero no rica y, tras de vencer duros obstáculos, llega a casarse con ella. A pesar de las promesas de aquél, de dejarla practicar libremente su religión, toda su política se reduce a llevarla lejos y apartarla de la influencia y del ambiente católico de sus parientes, con el fin de extinguir en ella su ferviente adhesión a su confesión. Después de las bodas viajan contentos por Italia y se establecen en un castillo magnífico junto al mar cerca de Túnez, donde creen pasar una larga y feliz luna de miel. Más en vez de dulce y amoroso sosiego les esperan recios combates a causa de la diferencia de religión profundizándose cada día más el abismo de su diferente pensar. Un joven francés, volteriano de malísimo genio, contribuye a agravar el trágico conflicto. Muere la madre de Melanie, sin que ésta, por grave culpa de Godofredo, hubiese tenido el consuelo de ver por última vez a su queridísima madre, su único amparo. Maldiciendo el día que había ido allí, cae enferma, estando en peligro de morir. Como tocado de un rayo, Godofredo parece aniquilado ante lo terrible del acontecimiento, reconoce todo lo perverso de sus malignos esfuerzos en conquistar y destruir la «ciudadela secreta»: la fe y vida interior de su amable esposa. Pero Melanie no debe morir, reconvalece, y ambos comienzan una nueva vida, más felices que nunca, unidos ahora por la misma fe católica.

Tal es en pocas palabras el contenido de esta singularísima novela, en que página por página seguimos cautivados y con creciente interés a estas dos almas esperanzadas y queridas. Apenas vemos brotar las primeras flores de su amor primaveral, presenciamos bien pronto palpitantes y profundamente conmovidos las más terribles luchas, que amenazan destruir la felicidad de estos novios, de que al principio esperaban siempre gozar. La esposa al parecer débil y fácil de vencerse revela al contrario intrépida y fiel al lema de su linajuda familia: «Constans in fide». Decidida a vencer, conquista ella a quien se había esforzado a conquistarla y hacerla mundana. Su marido todo arrependido de su conducta, se rinde sumiso

a las enseñanzas de la fe y confesión católica.

De belleza sin igual en fondo y forma, y presentada con excelentes cualidades tipográficas, representa esta novela un nuevo enriquecimiento de mucho aprecio de la colección de «Herder, Las Buenas Novelas», debiéndolo agradecer no sólo a la señora Clarke, ilustre y fecunda escritora americana, sino también al traductor, Felipe Villaverde, bastante conocido ya por su castizo lenguaje.

* *

Nomenclátor de las Tarifas de la Contribución Industrial, de comercio y profesiones. — Edición oficial. — Biblioteca oficial Legislativa, volumen XLVIII (2.ª parte). — Madrid, Editorial Reus, S. A.—Preciados, 1 y 6, 1927. — Un volumen en 4.º de 199 páginas, 4 pesetas en Madrid y 4'50 en provincias.

Hemos recibido de la antigua y acreditada Editorial Reus, la edición oficial del *Nomenclátor de las Tarifas de la Contribución Industrial, de comercio y profesiones*, segunda parte de las Tarifas de la Contribución Industrial.

Este Nomenclátor, es el más completo de los confeccionados hasta el día, y desde luego, es mucho más extenso que los publicados para tarifas anteriores. Conjuntamente con las tarifas que publicó la misma Biblioteca oficial Legislativa, constituye una obra de gran utilidad, pues queda resuelto el problema del manejo de aquéllas.

La Biblioteca oficial Legislativa, única que puede hacer estas ediciones, está cuidadosamente dirigida y vigilada en su impresión, por lo cual carece de errores. Llevan los ejemplares de las mismas, el sello del Ministerio de Gracia y Justicia, que acredita su condición de oficial.

La Biblioteca oficial Legislativa, que tiene publicadas todas las disposiciones de interés y su utilización, es necesaria para todos los que quieran estar al corriente de la Legislación.

* *

Historia de las Doctrinas Económicas (desde los Fisiócratas hasta nuestros días) por Carlos Gide y Carlos Rist.—Versión española de C. Martínez Peñalver, con unas palabras de dedicatoria para los lectores de lengua española, de Carlos Gide. — Madrid, Editorial Reus, S. A.—Preciados, 1 y 6, 1927.—Un volumen en 4.º de XLV por 1.011 páginas. 16 pesetas.

Los profesores Gide y Rist, en su excelente y acabada Historia de las Doctrinas Económicas, pretenden, consecuentes con las grandes corrientes del pensamiento económico (lo que se conoce con el nombre de grandes escuelas, no ha tenido verdaderamente nacimiento hasta el siglo XIX), hacer una selección de doctrinas, teniendo presente que la obra estará destinada principalmente a los estudiantes.

Así, el plan de este trabajo nunca suficientemente elogiado, es el siguiente:

Primera época. Finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Los fundadores de la Economía política clásica. En primer lugar, los Fisiócratas; Adam Smith, Juan Bautista Say. Luego los que han venido a ensombrecer con sus inquietantes pronósticos, la grandiosa visión del orden natural: Malthus y Ricardo.

Segunda época. Primera mitad del siglo XIX. Los Adversarios. Todos los que han discutido y quebrantado los principios que hubieron de plantear sus predecesores, y que hemos agrupado en cinco capítulos alrededor de Sismondi, de Saint-Simon, de los socialistas-asociacionistas, de Proudhon y de List.

Tercera época. Mediados del siglo XIX. El apogeo de la escuela liberal. Ella es la que reina, después de haber resistido victoriosamente a todos los ataques, no sin hacer, sin embargo, algunas concesiones; y sus grandes leyes, encuentran en la misma época su fórmula definitiva, si bien bajo dos aspectos bastante diferentes: en Inglaterra, en los Principios de Stuart Mill; en Francia, en las Armonías de Bastiat.

Cuarta época. Segunda mitad del siglo XIX. He aquí que llegan Los Disidentes a suscitar cismas, en cuatro distintas direcciones.

a) En el método: son los de la Escuela Histórica.

b) En la política social: son los del Socialismo del Estado.

c) En el concepto científico, con el Marxismo.

d) En la inspiración moral: el Cristianismo social.

Quinta época. Final del siglo XIX y comienzos del XX. Las Doctrinas recientes, en las cuales volvemos a encontrar a las doctrinas ya conocidas, pero transfiguradas—o desfiguradas, como se quiera ver—en nuevos moldes.

a) Las doctrinas hedonistas y las de la renta, que no son más que una especie de revisión de las doctrinas clásicas.

b) El solidarismo, que tiene un puente entre el individualismo y el socialismo.

c) Y, en último término, el anarquismo, que no es más que una especie de liberalismo exasperado.

* *

Los Campesinos.—Tomo III. «Primavera», por Ladislao Reymont.

Pocas novelas han alcanzado modernamente el éxito unánime y clamoroso de *Los Campesinos*, del célebre novelista polaco Ladislao Reymont, obra a la que se le otorgó el Premio Nobel de Literatura de 1924.

Ahora acaba de aparecer el tomo III «Primavera», cuya lectura nos renueva la agradable impresión que nos causó la de los I y II, «Otoño» e «Invierno», verdaderas obras maestras, creación magnífica del genio literario de Reymont, que representa mejor que nadie en el mundo la corriente que un crítico eminente de *La Prensa*, de Nueva York, ha llamado naturalismo idealista: naturalismo sin la cruda objetividad del documento humano. Reymont es un observador de la vida, sin más tendencia ni prejuicios que los puramente artísticos, determinados por su gran temperamento de novelista.

Lo que más se destaca en él es la facultad de observar, en amplios complejos plásticos, lo exterior, y sus descrip-

ciones son cuadros exuberantes de vida y de color, una verdadera fiesta para los ojos, ávidos de contemplar el grandioso espectáculo de una naturaleza desbordante, donde la psicología sencilla de los campesinos se funde con el paisaje en una majestuosa epopeya de la aldeana.

El libro vibra como un cántico de primitiva emoción religiosa ante la naturaleza, que Reymont ha sabido hacer vivir como nadie en las páginas inmortales de *Los campesinos*.

«Pimavera» se vende al precio de cuatro pesetas en rústica y cinco encuadernado. La presentación honra a la Editorial Cervantes (Avenida de Alfonso XIII, 382), de Barcelona, y contribuye a ensalzar el mérito de los hermosos volúmenes que figuran en la tan celebrada colección «Los príncipes de la Literatura».

*
**

Méjico ante el mundo, por el general P. Elías Calles.

La Editorial Cervantes, de Barcelona, con un buen sentido de la oportunidad, acaba de poner a la venta en su Biblioteca de Actualidades Políticas un libro que, bajo el título de *Méjico ante el mundo*, contiene un resumen de los artículos periodísticos, discursos, declaraciones, mensajes, etc., del Presidente de la República mejicana general Plutarco Elías Calles.

Esta compilación ha sido muy acertadamente hecha por la señorita Esperanza Velázquez Bringas, jefe del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación de Méjico.

Ensalzar la importancia de esta publicación nos parece innecesario por el extraordinario relieve que ha adquirido la figura del general Calles, hombre de pensamiento y de acción al mismo tiempo, que no ha vacilado en imponer, desde la más alta magistratura de su país, su ideología revolucionaria, honda y sinceramente sentida y profesada.

Esta sinceridad es la cualidad predominante del general Calles y la que le hace merecedor al respeto de todos. Erigido en campeón del sentimiento nacionalista, de la emancipación religiosa y de la libertad de los pueblos, ha mantenido con inquebrantable energía y con valor sin igual entre los estadistas, una actitud que ha despertado las fervorosas adhesiones y las mayores pugnas que ningún otro gobernante moderno haya tenido que afrontar.

Méjico ante el mundo es un libro que encierra un interés excepcional en las actuales circunstancias, por las alusiones que contiene a la guerra de Nicaragua, a la cuestión religiosa, a las diferencias con Norte América, etc.

La obra contiene varias láminas y se vende al precio de tres pesetas en todas las librerías.

*
**

El amigo Alberto.—Novela (N.º 12 de la Biblioteca Rosaleda, novelas selectas para la juventud). Por José M.ª Folch y Torres. Traducida del catalán por Juan Gutiérrez Gili.—Un volumen de unas 96 páginas, con atractiva cubierta en color, pesetas 1.—Luis Gili, editor. Apartado 415.—Barcelona.

Una de las novelas más pulcramente acabadas del popular escritor catalán

José M.ª Folch y Torres acaba de ser publicada en versión castellana con el título de *El amigo Alberto*. La trama sencilla, naturalmente desarrollada, nace del carácter de los protagonistas. Cuatro figuras llenas de atractivo humano y de belleza de juventud toman igual parte en esta narración, escrita en forma de memorias por uno de los personajes, Juan, el cual, con su amigo Alberto inicia un interesante conflicto de celos, que tiene noble y feliz solución, gracias a la delicadeza de ambos y a la intervención en la novela de dos muchachas ejemplares, Rosita y Julia. Creemos que este libro es una superación de un autor de tan fecundo ingenio y fácil estilo como José María Folch y Torres.

*
**

Los placeres y los tormentos del opio por Tomás de Quincey. «Editorial Mundo Latino».—Madrid.

He aquí un libro clásico en todo el mundo y no traducido hasta hoy en castellano; en inglés se conoce con el nombre de «El Opiomista» y el ser obra no solo de uno de los escritores de mas vasta erudición de lengua inglesa sino de un hombre que durante muchos años fué víctima de la droga oriental, que conoció todos sus efectos llegando a ingerir diariamente cantidades no superadas jamás por opio-mano alguno y que dió a su obra el título comprometedor de confesiones autobiográficas, le da un valor de documento inapreciable. El mundo alucinante del opio y de todos sus sucedáneos está descrito con tonos ya paradisiacos ya infernales. Las visiones, las tentaciones el universo mágico de placer y de tortura a que alternativa y a veces simultaneamente se condena el que abre la puerta secreta del opio, aparece aquí como en ningún otro libro ha aparecido. No es posible abrir esta obra sin leerla y releerla por completo y sin recordarla siempre. Por ella mas que por otra alguna su autor figura entre los hombres que mas jugoso legado espiritual han legado a los hombres.

Libro de amenidad insuperable, expresa la verdad terrible aun en sus mayores goces del fumador o del comedor del opio. Los lectores españoles apreciarán sin duda el raro mérito de esta obra amena y fantástica como la novela mejor y exacta, como las mas escrupulosa historia.

*
**

El infierno de los hombres vivientes por Guido da Verona.—Novela.—Precio 5 Ptas.—Editorial MUNDO LATINO.—Madrid.

El gran novelista italiano Guido da Verona, ha tomado carta de naturaleza en España y decir hoy Guido da Verona es decir uno de los novelistas más leídos.

Es verdaderamente sorprendente que en un país donde culminan en la novela verdaderos genios de ella, se haya popularizado de tal manera este autor, que lanzado apenas hace cinco años, ha conseguido llegar a la popularidad y a las grandes tiradas.

Sus ediciones se agotan rápidamente. El público espera con impaciencia cada novela de este autor, y alguna de ella ha sido reeditada ya hasta cinco veces.

En Italia, Guido da Verona es combatido con verdadera saña, y entre nosotros

la indiferencia de los críticos ha sido tal, que uno de los más importantes Rafael Marquina en la página literaria del «Heraldo» de hace poco días, preguntaba si había inconveniente en reconocer ciertas cualidades estimabilísimas, que él creía concurrían en la labor literaria de Guido da Verona. Y terminaba de este modo su crítica: «La lectura de EL INFIERNO DE LOS HOMBRES VIVIENTES, llega a infundir en el alma un romántico anhelo de vaga aspiración por algo más bello, más desinteresado y más puro de lo que ofrece la cotidiana realidad. Léase EL INFIERNO DE LOS HOMBRES VIVIENTES historia apasionada y dolorosa, y se hallarán en lozanía y permanencia, las virtudes más características de su famoso autor.

Diez y seis son los volúmenes publicados hasta ahora de Varona. Próximamente aparecerá «El hombre que fué dos», «La danza de la guillotina de Mata Hary» y «Asfodelo de la mañana», que formarán un tríptico de alucinante interés, de enorme emoción, y que rasgará seguramente el velo de una de las más horribles tragedias de la guerra.

OTRAS OBRAS RECIBIDAS

De las que nos ocuparemos próximamente:

Los Bestiarios; novela de toros por Henry de Montherlant. — Traducción de Pedro Salinas. — Biblioteca Nueva. — 5 pesetas.

Diez ensayos, de Emerson. — Traducción de J. Gallach Palés. — Nueva Biblioteca Filosófica. — 6 pesetas.

Historia de la Filosofía, por Alfredo Fouillée. — 4 volúmenes. — Ejemplar: 6 pesetas.

Inhibición, Síntoma y Angustia, por el Profesor S. Freud. — Traducción de Luis López Ballesteros. — Biblioteca Nueva. — Madrid. — 10 pesetas.

La España de Hoy, por R. Martínez de la Riva. — 5 pesetas.

Canto épico a las glorias de Chile y otros cantos (volumen XIV de las obras completas), por Rubén Darío. — 4 pesetas.

Galería de Músicos andaluces contemporáneos, por Francisco Cuenca. — «Cultura», S. A. — Habana. — 2 pesos.

El Robinsón Español (Manuscrito de fines del siglo XVIII), por Augusto Gennin. — «Espasa-Calpe», S. A. — 6 pesetas.

Refugio, poemas por Manuel Navarro Luna. — Manzanillo (Cuba).

ADVERTENCIA. — Agradeceremos a los señores autores y editores nos envíen siempre los libros bajo certificado, para evitar extravíos. (N. de la R.)